



GUSTAVO BAQUERO



La América de Unamuno

I

Fernando el Deseado, que así le llamó la triste abyección residual de entonces, volvió a hundir a España en su sino fatal. Y en tanto, allá, del otro todo del Atlántico, empezaba a hacerse la España nueva, la gran España popular y democrática, la que pudo aquí haber sido y no fue, la que torció su camino primero ante la muerte del príncipe don Juan de Castilla, después, ante la vuelta del ominoso Fernando VII.

UNAMUNO

La creación de un puente cultural que hiciera posible en el siglo XIX el intercambio sincero y la amistad sin recelos entre España y las naciones independizadas de ella en el Nuevo Mundo, fue obra de dos grandes escritores, don Juan Valera y don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Así como aspiraron los hombres de aquellos territorios al reconocimiento de sus derechos en lo político y en lo económico, y para obtenerlo hubieron de lanzarse a la guerra, aspiraban también, una vez libres, al reconocimiento de la

significación cultural de unas colectividades que, justamente por haberse formado al calor de la gran tradición cultural española de los siglos XVI y XVII, contaban en su seno con sendas figuras del linaje de la suprema de Andrés Bello, luz de todo el sur, símbolo de una alta cultura ya no personal, sino de colectividad, de nación.

Los reacios en España a no conceder el reconocimiento de lo que era evidentísimo -un José de la Luz y Caballero, un Camilo Torres, un Caldas, no se discuten- provocaron un aislamiento cada vez mayor. Hasta la aparición de Valera y Menéndez Pelayo, hubiérase creído que la firme ascensión de ~~-222-~~ Hispanoamérica a la alta cultura no era visible desde Madrid, o que si se la veía, como en el caso de un Rafael María Baralt, su luz no era suficiente para hacer comprender que algo muy profundo y valioso habría de estar ocurriendo, cuando menos en el reino del idioma, allí donde se daban ya casos como aquél. Y a la hora en que el hombre que ha construido el monumento de los monumentos a la lengua española, Rufino José Cuervo, vislumbraba la descomposición y acaso la pérdida de esa lengua, mucho habría de influir en su pensar la falta de una viva corriente de entendimiento y de convivencia entre los dos grandes bloques de la población hispanoparlante del mundo, el bloque de América y el europeo.

En América se tenía la sensación de que los debates -por no decir la tontería insigne- surgidos en torno a la entrada de un Juan Montalvo en la Academia no eran sino prueba de la incomprensión o del desdén español para todo lo que procediera de América. Si a Montalvo, el dueño del idioma, atrevíase alguien a ponerle reparos, ¿qué quedaría para los demás? Cuando don Juan Valera comienza sus *Cartas americanas*, y Marcelino Menéndez Pelayo, el hombre con vocación de constructor medieval de catedrales, presta seria atención a la lírica hispanoamericana, iniciase el deshielo. Pero en la actitud de ambos -eso se vería después- quedaban unos restos casi automáticos de «imperialismo», de seguridad en ellos de que eran «los que sabían más», y aleccionaban con talante irrefutable, docta e imperialmente. Ellos hacían lo suyo, y era útil, pero se necesitaba, además, otra actitud. Su paternalismo acabaría por exasperar.

Un buen día, por el 1892, don Marcelino Menéndez y Pelayo presidía en Madrid un tribunal de oposiciones para la cátedra de griego en la pluricentenaria universidad de Salamanca. Don Juan Valera era miembro de ese tribunal, ante el cual, entre otros aspirantes, se presentaba un joven bilbaíno venido a Madrid para estudiar y «hacer oposiciones», esa eterna pesadilla del intelectual español. Y aquellos dos hombres concedieron la cátedra a Miguel de Unamuno Jugo de Larraza, que tales eran los nombres y apellidos del bilbaíno de penetrante mirada y de insaciable curiosidad intelectual. Ellos no sabían que más que para una cátedra de griego había nacido aquel hombre. Estaba allí en el mundo, impertinente, inquisitivo, inmodificable, para «cantar las cuarenta al lucero del alba». Él diría las verdades que los otros callaban. Diría, entre muchas, las escamoteadas, las ignoradas verdades de América.

-223-

II

Era hijo de *indiano*. Más que tesoros, el padre llevó, de regreso a la península, fantasías de América, libros de historia, láminas de raros episodios y personas. El Unamuno niño alimentó sus primeras curiosidades, sus primeros deseos de salir *mundo afuera*, pasando y repasando estampaciones y letras donde se hablaba de los aztecas, porque su padre había venido de México, y de México, de la ciudad de Tepic. Dos fuertes rostros llamaron la atención del muchachillo: uno de hombre *con cara de chivo*, llamado Abraham Lincoln, y otro de hombre con recia cara de azteca, de indio puro. Las letras ponían debajo de la poderosa cabeza del indio: «Este es Benito Juárez».

Esas dos personalidades de imborrables rasgos, y contemplar luego en la calle una figuración en cera del instante en que iba a morir el emperador Maximiliano -pobre víctima del último gran error de las monarquías europeas en América-, dieron a Unamuno niño la primera imagen de una cosa terrible, hecha por hombres de personalidad poderosa, y llena de episodios crueles, a la cual la gente llamaba *historia universal*. Así entró en contacto el niño de

pequeña ciudad con el trasmundo de allende la ciudad, y de allende la península toda, y los mares. Lanzábase su espíritu por encima de las murallas, encendíasele la imaginación, y era para sus compañeros de colegio el raro muchacho que habla de indios y de sacrificios humanos, de tesoros de Mactezuma, de flechas envenenadas, de sacerdotes y de serpientes.

Su personalidad se va perfilando al rescoldo del incendio que América prende desde 1492 en la imaginación de los adolescentes españoles. Para él, América es desde la cuna como una lejana Dulcinea, como una primera novia, o como una dulce estrella que le acompaña en sus más remotos viajes por el centro del alma. Nace para el espíritu en ese mundo americano, se desarrolla en él, y no lo abandona ni lo olvida jamás. Cuando llegue la hora de transformar en material estudio y conocimiento cuanto anhela saber -¡y será infinito su afán de conocer los misterios radicales, los enigmas que están en la raíz del hombre y de la vida!-, transformará también en hechos de actividad creadora, de febril análisis, de pasión de las ideas, aquella primitiva unión ideal con los misterios, con los paisajes, con las costumbres, con las gentes de América.

-224-

Él llegará a ser el español de más agitada conciencia y de mayor inconformidad espiritual en el siglo XX. Se le reconocerá un día, a lo largo de su edad -que iría adornándole, como a árbol añoso, con más ricas flores cuantos más inviernos viviera-, como el *Excitator Hispaniae*, como el nuevo Sócrates que mortificaba y mantenía insomne, a pura irritación de tabaco, a quienes pretendían dormir. Se le tendrá por el polemista de Dios, y por el polemista con Dios, por el hombre libre en estado puro... Pero no todos comprenderán, cuando Unamuno haya destilado sus setenta y dos años a la vida, y cuando haya dejado una obra frenéticamente personal y humanizada hasta el tuétano, que aquel espíritu ardiente tuvo, desde sus primeros años, un reactivo poderoso, una incitación fascinante, un llamado que no le dejaba dormir, ni volverse romo por el diario choque con una chata realidad... *Ese reactivo fue América*. De allá le venían los libros, las actitudes, los ejemplos

que mayor eco hallarían en él. De allá le vendrían las incitaciones y las simientes para sus más personales ensayos y monólogos. Dialogando a solas con los grandes del espíritu americano, soltaría chispas y más chispas, como el pedernal golpeado por la piedra dura, el altivo pedernal viviente que fuera el hombre capaz de escribir *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*.

III

Para comprender a Unamuno hay que leerlo *en función* de la América Hispana. Su metafísica es la de la expansión en el vacío, la de zozobrar en espacio infinito, o sea, es el sentimiento *americano* de la conciencia angustiando al hombre y proponiéndole aventuras gigantescas en lo desconocido. En la raíz, en el quicio de cuanto hiciera, sentimos latir siempre una página, una voz, una imagen hispanoamericana. Era hombre de riposta, de reacción. Necesitaba chocar con algo, una idea o una persona, para producir lo mejor suyo. Comentaba más que paría, ¡pero qué comentarios tan descubridores de nuevos horizontes aquellos! Vivía físicamente en Salamanca, pero su campo de entrenamiento -pienso en los atletas, en los boxeadores- era el Nuevo Mundo. Verlo en su comercio con *los grandes* de América, es asistir al desarrollo, por contraposición, por diálogo, por lucha interna, civil como él decía, de su propia personalidad, de su yo superlativo y omnipresente.

-225-

A Ortega y Gasset, como a Pascal, le irritaba el uso del yo. De Unamuno dijo que a la manera del altivo señor feudal, quien hincaba su pendón donde quiera que llegase, el rector de Salamanca soltaba su yo en medio de la conversación, y lo imponía en toda circunstancia, como si fuera un ornitorrinco. Y esa imagen de Unamuno *yoando* de lo lindo, por todo pretexto y en toda página, aun cuando hubiese ofrecido en el título hablar de César o de una poetisa, se ha impuesto de tal manera, que a fuerza de verle como a un yo parlante y gesticulante, no se le ve la real entraña de su actitud, ni, por ende, el

para qué verdadero de su yoar o yoísmo. Y me parece demostrable que, paradójicamente, el yo de Unamuno estuvo, como pocos, en función de otros yo, de otra cosa que el yo por lo menos, y que la búsqueda afanosa de su propio yo no era sino un procedimiento de trabajo espiritual, un instrumento de exploración y análisis de las raíces comunes a los yos de los hombres hispánicos, al gran yo integral y originariamente solo y único del hombre hispánico, viva éste en España o en América.

A la postre, hay más yo egoísta en Ortega que en Unamuno. La conciencia que Ortega tuvo, desde muy joven, de su magisterio, y especialmente de su estilo espléndido y lujoso -el estilo de Ortega, estilo *bonito*, es una polícroma carreta que va emperejilada, encascabelada, de cinco alfileres, a la feria de Sevilla-, es, en realidad, una conciencia rozante con el narcisismo. Y el narcisismo es la culminación del yo ciego para el mundo de los demás, para el mundo como los otros lo ven y lo sienten. Por eso hay en Ortega un aire imperial, cesáreo, concluyente, que, pese a todas las apariencias, no se encuentra en Unamuno. Cierta jactancia más verbal que sustancial pinta de arrogante al vasco. En el fondo, Ortega, pulido en estilo, muy puesto en sus frases, como un Chateaubriand o un Barrés capaces de saborear merluzas, angulas y torrijas rehogadas en diamantino aceite, dice cosas tremendas, dicta filosofemas y juicios irrefutables, y se tiene la sensación de que si se le contradice, con un gesto de su mano de mandarín imperial va a enviarnos a hacer puñetas en el infierno.

IV

Unamuno es más rudo, grita más, pero imperializa menos. Morabito máximo le llamó Ortega, y bien puede ser que nos lleve al energumenismo, pero es por estar convencido de que hay un fondo beréber irreducible, no romano, -226- no latino, en el alma hispánica. Para dar con ese fondo y vivir desde él, no desde la sobrenaturaleza de un credo intelectual lúcidamente atrapado, sino desde las tumultuosas vísceras del hombre de pasión, del africano radical,

débase vivir con el alma a la intemperie, en espacio abierto, como el acezoso jinete en el océano de los desiertos. Al asomarse a la España en liquidación política, cuando esa gran escenografía no genuinamente española que se llamó «imperio español» se desvanecía, Unamuno, el acusado de vivir en el cuenco de su yo, descubrió, desde el vidrio de aumento de ese yo, un territorio transhispánico, una prolongación o extensión de España viva, más duradera y resistente que cuantos espejismos pudiesen venir de las configuraciones políticas, de las muertas realezas, de los austrianismos y de los europeísmos. El supuestamente desmesurado egoísmo de su yo le permitió, nada menos, descubrir de nuevo a América, entender lo que otros no habían entendido, sentir una España real, concreta, que no tenía nada que ver con las efímeras ilusiones de una corona extranjera, ni con el dominio forzoso de unas tierras. Al dar con las raíces de lo español por tanto cavar en su yo. Unamuno, como el arqueólogo que un buen día a fuerza de excavar y ahondar descubre el cimiento de toda una civilización, se encontró a su hora poseedor de esta verdad: lo que España no había podido ser dentro de España y en España, estaba llamada a serlo, estaba siéndolo ya, en América. ¡Cuántas perspectivas nuevas, jugosas, vitalmente sanas, desprendíanse de este hallazgo! Por eso, cuando trató directamente el tema de la egolatría de los del 98, pudo decir: «Vino el derrumbe de nuestros sueños históricos, vino lo de Santiago de Cuba, y lo de Cavite, vino el Tratado de París, y en medio del estupor, o más bien de la estupidez general, nosotros, los que dicen del 98, nos tocamos, sentimos el alma, descubrimos que teníamos un yo, y nos pusimos a admirarlo».

La manera plena que tuvo Unamuno de observar, penetrar, reconocer hasta lo último su yo -el yo de España, en definitiva-, fue consagrarse al conocimiento intenso y apasionado de América. No se trataría ya de un metafórico subterfugio colonialista. No pretendía ejercer sobre América un imperio de ninguna clase, ningún sucedáneo del imperio que percoló, como la arena entre las mallas de una zaranda, por las necias manos de Fernando VII. Lo recíprocamente inseparable de las dos porciones integradoras de España, situada una en el Nuevo Mundo y otra en el continente europeo, pero las dos

formando, por igual, parte de una entidad, fue lo que Unamuno vio antes que nadie.

-227-

Puso el oído en tierra, lo ahondó bajo el mar, estirándolo hacia allá, y sintió que en efecto el viejo fondo berberisco de la raza, sediento de recorrer desiertos, de domar horizontes, había encontrado en la vasta América su escenario ideal, el que acaso tuvieran milenios atrás los padres de la raza, los vigorosos iberos que no aceptaban yugos ni prisiones. Dirigiéndose a los españoles en sus días. Unamuno les dibujaba el sentimiento de *igualdad de destino*, y, por ende, de igualdad de problemas al decirles: «Con nuestras raíces tenemos que buscar, buceando en nuestras honduras, las raíces de los pueblos hispanoamericanos, que son las nuestras. Allí se reproduce nuestra historia, allí al toque con el desierto rebrotan nuestros más peculiares cantos, con sus tonadas, sus cadencias, su dejo todo. Los esfuerzos de los que se empeñan allí en cosmopolitizar, o sea, en latinizar y más bien afrancesar a sus pueblos, rebotan en la peña viva del alma popular, y como a nosotros, han de hallar la universalización que persiguen socavando en las profundidades de su propio ser».

V

Una vez le oí a un español culpar a los cubanos de ingratos por haberse separado políticamente de España, añadiendo:

-¡Después que descubrimos, conquistamos y poblamos aquello!

-¿Nosotros? -le contesté-, será usted, que yo, por lo menos, no. No recuerdo haberla descubierto, conquistado ni poblado.

*-Nosotros precisamente no, me replicó, pero
nuestros padres...*

-¡Los de ellos más bien!, le retruqué.

Estas dos grandes directrices: cavar en el ser propio, y procurar la universalización huyendo del fácil camino del afrancesamiento o de la cosmopolitización del tipo que podemos llamar turístico o *snob*, iban a ser las guías de Unam uno al enfrentarse desde 1894 -desde esta fecha en forma permanente- [-228-](#) con la tarea de ejercer la crítica de la literatura hispanoamericana en España. Bien sabía él que los problemas eran comunes, que muchos de los males que lastraban y entorpecían a la América española eran, con muy ligeras variantes, los mismos que hacían de España, desde 1868 más o menos, una nación parálitica, enquistada en su ayer, corriendo el peligro de hundirse en el pasado por el peso de los rencores y los resentimientos. Y por todo esto, bien conocía Unamuno, más a fondo que nadie, porque lo conocía y no le temía, ese terrible abismo que ahondaban entre España y la América Hispana las pretensiones sin base, la soberbia intelectual, el fingir lo que no se es, la arrogancia y la pedantería que tantos españoles esparcían como tóxico polvo sobre América, cuando se dignaban aproximarse a América. Esto explica por qué al lanzarse un hombre nuevo a la tarea aquella iniciada por don Marcelino y por Valera, la reacción que se produjera desde el principio en América fuera completamente distinta a la del siglo anterior, y fuese por ello completamente fecunda. No era el dómine, ni el sabelotodo, ni el perdonavidas al niño «que está adelantadito para su edad». Era un hombre capaz de hablar de igual a igual con los hombres de allá, y capaz de decir a los españoles:

*«Me parecen dañosísimos y disparatados los pujos
del magisterio literario respecto a América, que aquí en
España se dan mucho, y el desatinado propósito de
ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la*

metrópoli de la cultura. No; desde que el castellano se ha extendido a tierras tan distantes y tan apartadas unas de otras, tiene que convertirse en la lengua de todas ellas, en la lengua española o hispánica, en cuya continua transformación tengan tanta participación unos como otros. Un giro nacido en Castilla no tiene más razón para prevalecer que un giro nacido en Cundinamarca, o en Corrientes, o en Chihuahua, o en Vizcaya, o en Valencia. La necia y torpe política metropolitana nos hizo perder las colonias, y una no menos necia ni menos torpe conducta en cuestión de lengua y de literatura podría hacernos perder -si estas cosas se rigieran por procedimientos de escritores y literatos- la hermandad espiritual. *Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de madre patria, y comprender que para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no sólo dándoles».*

-229-

Esto era un nuevo discurso, un evangelio o noticia completamente inaudita en América. A quienes hablaban de la Fiesta de la Raza, sin una diáfana formulación de principios que no fuesen los vagos latiguillos de «el imperio», «la madre patria», «la religión y la tradición», «la gesta de las carabelas», iba a oponerles Unamuno rotundidades que no dejarían lugar a dudas. «Abandonemos -decía- la necia pretensión de seguir siendo, ni en lenguaje ni en nada, la metrópoli, la madre patria, la que dirige y da la ley, y cesemos de ver en esas repúblicas hijuelas nuestras...». O bien: «El Nuevo Mundo será alguna vez dueño y señor del viejo... Tal vez lo será en el reino del espíritu. Sí, España tendrá que reconquistarse desde América». «La Fiesta de la Raza espiritual española -puntualiza- no debe, no puede tener un sentido racista

material -de materialismo de raza-, ni tampoco un sentido eclesiástico -de una o de otra iglesia- y mucho menos político. Hay que alejar de la Fiesta de la Raza todo imperialismo que no sea el de la raza espiritual encarnada en el lenguaje. Lenguaje de blancos y de indios, y de negros, y de mestizos, y de mulatos; lenguaje de cristianos católicos y de no cristianos, y de ateos, empuje de hombres que viven bajo los más diversos regímenes políticos».

VI

Por alimentar ideas como éstas, Unamuno descubrió un día la palabra exacta y precisa para su sentir. Fue él quien dio con el vocablo «Hispanidad», como antes había dado con «argentinidad». No de Unamuno, sino de monseñor Vizcarra, tomó Ramiro de Maeztu el término, para incluirlo en el libro que dio alas al vocablo, y de ahí que se adjudique la paternidad al sacerdote, pero parece indudable que el aporte de monseñor Vizcarra consistió en la interpretación de tipo religioso, ecuménico, que diera al término en momentos en los cuales seguía prevaleciendo la interpretación ramplona y superficial de «Día de la Raza». El vocablo en sí, el fonema, alboreó en Unamuno. Éste explica: «Dije Hispanidad, y no españolidad, para incluir a todos los linajes, a todas las razas espirituales, a las que se han hecho del alma terrena (terrosa, seria, acaso, mejor) y a la vez celeste de Hispania». (La peligrosa tontada de «Día de la Raza» fue obra, principalmente, de Hipólito Irigoyen).

Y en otro sitio, cuando habla de que tras de las independencias políticas logradas es preciso asegurar las sendas *personalidades* colectivas y comunes, afirma que esto sólo podrá conseguirse forjándolas «sobre una interpopular hispánica, -230- sobre una hispanidad común». Para él, el asiento de esa interpopular o acción interpueblos hispánicos es la lengua. Y su concepto de la lengua, altar y vehículo del espíritu, le sirve para despojar al término «raza» de toda connotación étnica o nacional, trasladándolo a una resultante de ese espíritu que en la lengua vive y se manifiesta. Por esto su hispanidad no consiste en que España siga siendo, ni de cerca ni de lejos, metrópoli de

ninguna cosa, y mucho menos metrópoli de la lengua. Cree que el idioma tiene que hacerse totalmente español, lo que incluye lo hispanoamericano total, con tantos derechos, que llega a afirmar, frente al criterio de la academia, que si fuese preciso hacer retroceder y descoyuntarse al castellano, abriéndolo para recibir cuanto de vivo, de espiritual, de racial pueda venirle de América, no se titubee en hacerlo, porque, en definitiva, el castellano es uno de los dialectos del español, el dialecto nuclear o generador, pero no el emperador de la lengua, ni el legislador eterno de sus expresiones.

Fue por este áureo camino del espíritu nacido a través de la lengua escrita y hablada, por donde entabló a fondo su diálogo con los grandes de la inteligencia y de la sensibilidad de la América hispana. Gracias a esta concepción del idioma abierto para recibir los ensanchamientos y riquezas de la diaria lengua hablada en vivo por los pueblos y razas, pudo admirar de manera tan excepcional a hombres que, en ocasiones, bien porque maltrataban políticamente a España, o porque maltrataban a la lengua, según la rígida codificación o arnés que a ésta querían imponerle los que se sienten sustitutos de la corona, vicarios de los virreyes y capitanes generales.

Para Unamuno no había enemigos, ni políticos ni lingüísticos en América, con tal de que quien fuese hubiera conservado en alto la viva expresión de la raza espiritual, que es la lengua poderosa, restallante, llena de vibraciones y de pasión. Por eso coloca a Sarmiento sobre su cabeza, acaso en el más preeminente sitio de sus preferencias. Interrogado una vez quién era para él el escritor español más importante del siglo XIX, respondió sin titubear: Sarmiento. Y los elogios que le prodiga, desde antes de su gran trabajo de 1905, son casi exclusivamente reservados para el fuerte argentino. Los terribles conceptos de Sarmiento sobre España, su francofilia, su inclinación a las normas políticas y pedagógicas norteamericanas, todo, se lo perdona Unamuno en razón de que Sarmiento fue «el americano más grande entre los que escribieron». -231- Llamarle gigante, genio, la más grande inteligencia de escritor americano en nuestra lengua, y muchas más cosas, es frecuente en Unamuno. Se comprende que esa actitud nace de su concepto general, previo, sobre América y sus hijos. Quien pudo decir cuán sin fronteras políticas

admiraba a Bolívar, y escribió sobre el Libertador páginas que sólo de hispanoamericanos de la entraña de un José Martí cabía esperar, es un hombre que se ha limpiado de prejuicios hasta más allá del subconsciente. Él sentía que Bolívar era más hermano de Pizarro que de Atahualpa. «De nuestra raza fueron -dijo cuando aún sobrevivían personas que a la grandeza de ver nacer pueblos libres preferían vivir gobernadas por Fernando VII- no sólo Hernán Cortés, y Balboa, y Lagasca, y Mendoza, y Garay, sino también los mexicanos Hidalgo y Morelos, el venezolano Bolívar, el colombiano Sucre, el argentino San Martín, el chileno O'Higgins, el cubano Martí».

¿Cómo no iba a ser una excepción a la hora de juzgar los valores literarios, las producciones espirituales de aquella América? Menéndez Pelayo derramó una mirada más amplia, más geográficamente completa, porque su erudición era, en eso como en todo, única; pero dondequiera que Unamuno tocó, y aun con las limitaciones que supone el que de algunos países y literaturas importantes no tratara con la frecuencia y extensión merecidas, dejaba una huella más cálida, más humana, más fecunda que la de Menéndez Pelayo y que la de Valera.

VII

Es bueno verlo, en este año del centenario, departiendo con los grandes de América. Estuviesen muertos o vivos, Unamuno los buscaba con calor, con simpatía y trataba con ellos, de viva voz, por carta, o por los libros, un gran diálogo. Este diálogo era siempre tan útil para él como para los lectores, fuesen éstos de España o de la América hispana. Porque habría que dedicar todo el tiempo que merece a seguir los pasos de Unamuno como crítico de la literatura hispanoamericana, como autor de correspondencia con mucho más de doscientos escritores hispanoamericanos, y como gran «embajador de la intelectualidad de América en España», que fuera el justo título que le reconociera Enrique Gómez Carrillo. Esos pasos nos conducen a comprobar este hecho: Miguel de -232- Unamuno hizo tanto por el conocimiento de los

escritores americanos *en la propia América* como en España. Casos como el de Alcides Arguedas, a quien, por decirlo así, «lanzó» Unamuno a la fama merecida como autor de *Raza de bronce* y de *Pueblo enfermo*, son muchos en los treinta y tantos años de labor para unir con la pluma, como él decía, lo que la mar separa. ¿Quién -pongamos por ejemplo- recordaría hoy, a no ser por Unamuno, *Kundry*, del colombiano Latorre? ¡Cuántos autores notables siguen siendo desconocidos para su propia América, pese a que Unamuno los estudiara y los recomendara!

En esa convivencia, la gran norma está dada, naturalmente, por el trato con los maestros, con los grandes. Ya se dijo de su estima por Sarmiento. ¿Y Martí? ¿Es que hay muchos autores, no ya en España, sino en la misma América bienamada de Martí, que conocieran a éste y le amasen con tanta intensidad como Unamuno? Guillermo Díaz Plaja ha señalado, en cuidadoso estudio, las relaciones de influencia de Martí sobre Unamuno, que se advierten sobre todo en el libro capital de versos, en *El Cristo de Velázquez*. El endecasílabo blanco de Martí arrastró a don Miguel en forma bien visible, y se le reconoce la huella profunda de la lectura intensa de los graves poemas de quien, aun en Cuba, se le tiene como dando su principal mensaje lírico desde los *Versos sencillos*, cuando la verdadera estatura poética de Martí y la demostración palpable de su genio precursor del modernismo en América, están en los *Versos libres*, en *Las flores del destierro* y en la prosa que sirviera a Rubén Darío para echar a andar hacia la grandeza.

La devoción de Unamuno por Martí es de tal entidad, que llega a salvarle de todos los anatemas que reservaba para los poetas del movimiento modernista, incluyendo a Darío. Para Unamuno, Martí es un caso aparte, por que no «parisinea». Subraya, con razón, que si pertenece al modernismo no es ciertamente porque use y abuse de los tópicos afrancesados, de mala vida francesa de segunda mano, de frivolidad parisién -¡carga y tragedia de Darío!-, sino porque Martí es el único del gran grupo -Nájera, Silva, Casal- que llevó una ética a la formulación y a la práctica de una estética nueva y se preocupó por aquella tanto o más que por ésta. Lo que le reprochaba Unamuno a Darío era la frivolidad, el gabinetito francés, el *boudoir* de la duquesa tonta. Martí, no.

Martí toma los matices nuevos, las libres formas del verso, la audacia del modernismo y lo llena todo con el peso de un alma. «Necesitamos versos que - 233- nos despierten», dice Unamuno comentando los *Libres* de Martí. Y le dedica los elogios supremos al poeta, al patriota, al hombre de un pensamiento sagrado y de una conducta angélica.

Y así como comprendía a Bolívar, a Sarmiento y a Martí -«los tres grandes triunviros de Hispanoamérica», según él-, comprendía y admiraba a Montalvo. Prefería, desde luego, el Montalvo de *Las Catilinarias* al de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Prefería la lengua terrible, de Sinaí en tormenta, a la búsqueda del giro arcaico. Pero, ¡cómo amaba a Montalvo! Cuenta que pudo haberse tropezado con el hijo de Ambato cuando éste, en 1882, paseaba sus tristezas por Madrid. Desde dos años antes era estudiante en la Corte el hijo del indiano, el llamado a comprender como pocos a los hombres volcánicos, a los Montalvo y a los Bolívar. Y toda la pasión de paladín de la lengua que sentía Unamuno por quien escribiera aquel radioso estilo, aquella *clásica* muestra de la grandeza americana, pudo volcarla en el prólogo a las *Catilinarias* y en el breve discurso que pronunciara en 1925, cuando desterrado en París, ante la tarja que recordaría a los caminantes que en aquella casa murió altivamente Juan Montalvo. En aquella ocasión Unamuno se adelantó, y dijo:

«Señores: aquí en esta casa, lejos de aquellas altas montañas volcánicas donde fueron forjados sus huesos, los de su cuerpo y los de su alma, Juan Montalvo acabó su día, pobre, solo y proscrito, aproximadamente a los cincuenta y seis años. La tierra francesa, suave, blanda, húmeda, envolvió su cuerpo y su espíritu como con una mortaja, los vistió en la majestuosa lengua española; la lengua del Quijote. Él sufrió el exilio, la soledad y la pobreza, y de ellos engendró, en el dolor, obras inmortales.

Su muerte halló aquí una patria y aquella de la

inmortalidad en todas las almas de lengua española de la humanidad civilizada. El Ecuador de hoy, "libre, instruido y digno", que recogió sus restos, rinde este homenaje imperecedero a aquel que fue tachado de loco y antipatriota.

Loco, como fue llamado Jesús por los suyos, por su familia; Jesús, que de acuerdo al cuarto Evangelio, fue crucificado por antipatriota. Loco, igual que don Quijote, que fue acusado de la desgracia de su patria. Y como ellos fue Montalvo, cristiano, quijotesco, pobre, solitario y proscripto. Pobreza, soledad, proscripción... no debo hablar de ello. El tiempo apremia y la ocasión, el lugar y el estado del espíritu arriesgarían a ahogar mi voz en sollozos.

-234-

¡Adiós, pues...! ¡Adiós quien aguarda eternamente en la historia -la cual es su pensamiento- los profetas y los apóstoles de la cristiandad, y los tiranos -artesanos de la bestialidad- y quien realiza de la sombra de éstos la luz de aquéllos!

Adiós a Montalvo, que vive inmortal en nuestra lengua».

VIII

El territorio moral en que se movía la relación de Unamuno con los Bolívar, los Sarmiento, los Martí, los Montalvo, nos conduce a entender sus conflictos con Rubén Darío. En el fondo, el puritanismo, el eticismo calvinista de Unamuno no podía avenirse con la gracia parisiense de Darío. La fascinación

ejercida por París sobre los sudamericanos sacaba de quicio al autor de *El espejo de la muerte*, porque esa fascinación era una manera de abandonar y de menospreciar el conocimiento de la tierra natal. (Sobre todo comentando un libro de Benjamín V. Subercaseaux, *La ciudad de las ciudades*, dijo cosas definitivas). Unamuno exigía de los hombres, aun de los pecadores, religiosidad, intensidad, literatura al servicio de una concepción profunda de la vida, y no la vida al servicio de una bella literatura. Por esto puede entenderse tan admirable y sostenidamente con el protestante Alberto Nin Frías, y tan poco o nada con Rubén Darío, pese a que éste, aun antes de conocerse personalmente, ya le admiraba sobremanera. Un año antes del encuentro personal chocaron en breve polémica periodística porque Unamuno, bajo el dolor del 98, había lanzado el grito de «¡Muera don Quijote!», y Darío salió en defensa de aquel a quien Unamuno amaba en el fondo tanto como a Cristo. Don Miguel ripostó enérgicamente, señaló a Darío el lunar de vivir de rodillas ante las «grandezas de París», le afeó los sobrepesos que al modernismo le echaban los afrancesamientos y sacó de la polémica vigorizadas sus viejas ideas sobre lo nacional, lo castizo y lo universal. Darío se sintió mortificado por una alusión a lo del plumaje de los indios -parece que ciertamente Rubén se había afrancesado tanto que no sin rubor oía hablar de chorotegas y de mestizos- e hizo cuanto estuvo en su mano por zanjar el incidente lo antes posible. Humildemente pidió a Unamuno -como a Clarín- un reconocimiento, por leve que fuese, de sus méritos. En 1899, cuando se conocieron, comprendieron ambos que no habían -235- nacido para ser amigos. «Existió siempre entre nosotros, diría Unamuno después, una muralla de hielo».

Pero como siempre ocurre entre los gigantes del espíritu, cuando se encuentran, aunque riñan, algo muy positivo quedó de aquel malentendido. Darío postuló ante la opinión pública española, que no lo soñaba ni estaba dispuesto a admitirlo, que Miguel de Unamuno era ante todo un poeta, un magnífico y grandioso poeta. Ese juicio le trajo críticas y hasta cuchufletas. La buena gente estaba todavía muy lejos de aceptar como poeta a quien no fue un bohemio, un inofensivo anticipo de los *beatnik* de hoy. Y si, encima, lo que ese tal publicaba con el nombre de poemas no era cosa dulzarrona, ni el sonsonete

podía llevarse con el pie, ni servía aquello para rendir el corazón de una doncella lunática, ¿quién se atrevería a llamarlo poesía? Se atrevería Rubén Darío.

Consciente de que su credo estético no regía para Unamuno, pero sintiendo el peso poético de éste, resumió su juicio, audacísimo para la época, en la forma siguiente: «Entre esos poemas que parecen recitados de súbito, entre aplicación rara, consciente versolibrismo, suelen brotar profundos y melodiosos sonos de órgano que habrían regocijado al Salmista. Esto es lo que más gusto en él, sus efusiones, sus escapadas jaculatorias hacia lo sagrado de la eternidad... Esto no es renegar de mis viejas admiraciones ni cambiar el rumbo de mi personal estética. Tengo, gracias a Dios, una facultad que nunca he encontrado en tantos sagitarios que han tomado mi obra por blanco: es la de comprender todas las tendencias y gustar de todas las maneras. Todas las formas de la belleza me interesan, y no sé por qué razón habría de desdeñar la orquídea por el girasol o el girasol por la orquídea. Yo me deleitaría en Versalles con los violines del rey; mas mi espíritu ya vendría de lo lejano del tiempo de escuchar el canto de las sirenas o las trompetas de Jericó. El canto quizá duro de Unamuno me place tras tanta meliflua lira que acabo de escuchar, que todavía no acabo de escuchar. Y ciertos versos que suenan como martillazos me hacen pensar en el buen obrero del pensamiento que, con la fragua encendida, el pecho desnudo y transparente el alma, lanza su himno, o su plegaria, al amanecer, a buscar a Dios en lo infinito».

Sólo cuando murió Darío, Unamuno -«solitario de su propio Port Royal»- hizo un gran acto público de contrición y de noble arrepentimiento por sus pequeñas majaderías e impropiedades con el nicaragüense. Escribió un -236- maravilloso artículo necrológico, donde el *ritornello* venía dado por la frase que Darío empleó en la carta exculpatoria: «Hay que ser justo y bueno». Unamuno insistía una y otra vez en cómo le heñía en el alma la advertencia del poeta, y hacia cuanto reconocimiento le era dable, pese a la diferencia estética -ética en el fondo, como todo lo que se tratase de Unamuno-, a la grandeza de quien le había llamado, medio en broma, medio en serio, «un pelotaris en Patmos». Y es Alfonso Reyes quien, tomándola de Valle Inclán, nos ofrece la frase-clave de

esta desavenencia entre los dos maravillosos señores del idioma: «No podían entenderse. Rubén tenía todos los pecados del hombre, que son veniales, y Unamuno tiene todos los pecados del ángel, que son mortales».

IX

Otra cosa, muy otra cosa fue la relación de Unamuno con Amado Nervo. Ya la ciudad natal del poeta era para don Miguel reminiscencia grata, pues en Tepic pasó sus años de América Félix de Unamuno, el padre. Y luego Nervo traía entre sus poemas enredada la honda preocupación religiosa, lo místico, la fantasía sobrenatural inclusive. «Hablabamos de ultratumberías».

Se entendieron a la perfección. Hablaron poco, mas su diálogo fue de esos hondos, contados de palabras, cargados de silencio comunicativo, creador. El prólogo de Unamuno a las obras completas de Amado Nervo es de lo más explícito y hermoso que escribiera en torno a lo del misticismo en la poesía. Todo lo que fracasó en el prólogo a los poemas de José Asunción Silva -una de las páginas más agresivas de Guillermo Valencia sirvió para refutar ese prólogo, y el propio Nervo disintió de él-, triunfó en el prólogo sobre Nervo. Era que, ¡otra vez la ética!, a Unamuno nada le irritaba tanto como el esteticismo, la elegancia del *dandy*. Y aquello de que al morir tuviese José Asunción junto a sí un libro de Gabriel D'Annunzio, una de las *bêtes noires* de don Miguel, uno de esos autores a quienes sólo oír mentar le producía cólera -no fue otro el origen del gran varapalo unamuniano a Dominicus-, resultaba demasiado para que, por muchos esfuerzos que hiciese, se aproximase a Silva con algo más que con un poco de pena por su tragedia. En cambio, con Nervo hallábase a sus anchas. Llegó a decir: «Siento una profunda hermandad entre su espíritu y mi espíritu; siento que es una misma la esfinge que nos reúne y ampara bajo sus alas aguiléñas; siento que hemos bebido agua de la misma fuente, del mismo lago negro, -237- negro por estar sombreado por la sombra de los mismos cipreses...» (Sin embargo, y a pesar de todo, Unamuno veía algo extraño, ¿indígena quizá?, en la constante religiosidad de Nervo, como en la menos

presente de Darío. Les notaba un orientalismo peculiar, como un asiatismo americano -recuérdese a *Tirano Banderas*, de Valle-, y esto lo desconcertaba un tanto y no dejaba de ponerlo en guardia).

Nervo, hombre cauteloso y prudente, no quería lanzarse a la terrible búsqueda de la sociedad de los literatos españoles, pues sabía que para ellos, salvo Unamuno y acaso una o dos excepciones más, los escritores de América eran vistos «con cierto aire de desdeñosa superioridad». «No conocen nuestra obra -dice a Unamuno- y somos para ellos simples "indios" con una falsa tradición de dinero y candidez». Y luego, enjuiciando los sufrimientos de Unamuno -que también tuvo lo suyo en mentideros literarios y en esa terrible selva que es la sociedad de quienes tienen por profesión la inteligencia, el ingenio y la cultura-, arroja Nervo esta certera flecha: «No me sorprende que no le quieran a usted en la prensa española. Usted es demasiado hondo para la labor de un periódico de actualidades. No caben ni sus especulaciones filosóficas, ni sus vuelos místicos, ni sus doctrinas inquietantes para las almas a flor de epidermis, ni aun su misma fraseología, pródiga, robusta, vasta y sustanciosa. Buenos están Azorín, Mariano de Cavia, Nogales, Castro para eso. Piensan, pero no inquietan con su pensamiento a los demás».

X

José Santos Chocano y Unamuno parecía que iban a entenderse. Se conocieron personalmente. Hay un prólogo de don Miguel -¿cuántos prólogos habrá escrito para autores de América tan solo?, ¿cien, doscientos?- en la primera edición de *Alma América*. Pero en la segunda edición don José quitó el prólogo, y no se sabe, o por lo menos no lo sabe quien esto escribe, si hubo por medio chisme, intriga, desilusión de americano ante la frialdad de Madrid. ¡De todo puede haber habido! Con literatos por el medio, con el malhumor de Chocano, con aquello que Unamuno, refiriéndose a sí mismo, llamaba «esta mala lengua que el diablo nos ha dado a los literatos», no habría que extrañar alguna tremolina, algún *bochinche* de esos que son comunes, como la lengua,

a -238- españoles e hispanoamericanos en cuanto se reúnen. Además, en el fondo, Chocano le sonaba a falso a Unamuno. La sobriedad de quien escribiera *Rosario de sonetos líricos* mal podía compadecerse con los metales y redobles de Chocano. No parisineaba, ¡pero qué fatigante era su poesía!

En cambio, no tuvo grandes quiebras visibles la amistad con Enrique Gómez Carrillo, e incluso hay un hecho de importancia, con Carrillo inesperadamente por medio, para señalar la presencia, sea por siempre catalisis, de lo hispanoamericano, hombre, libro o idea, en las obras fundamentales de Unamuno. Ocurrió que don Miguel, joven entonces, comentó extensamente un libro de crónicas de Gómez Carrillo sobre Japón. Como era frecuente en él, Unamuno tomó tema del libro y echó a andar por cuenta propia por territorios que le ofrecían, sobre la marcha, cantera de reflexiones y sugerencias. Nada menos que comentando lo que sobre el alma japonesa contaba Gómez Carrillo, le sobrevinieron a don Miguel muchas de las ideas que luego, desarrolladas, iban a formar *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, su obra cumbre. (El *Abel Sánchez* es retrato o incitación del mal carácter del cubano fray Candil).

El desfile de grandes figuras de las letras americanas ante la atención de lector o ante la presencia personal de Unamuno era ininterrumpido. Ricardo Palma, Blanco Fombona, Zorrilla de San Martín, Ventura y Francisco García Calderón, José de la Riva Agüero, Delmira Agustini (hay una carta notablemente rica en consejos y reflexiones morales, enviada por Unamuno a Delmira muy a principios de siglo), José María Chacón y Calvo -en voz alta leería Unamuno a sus visitantes «Hermano menor», como los *Versos sencillos* de Martí-, Miguel Gálvez, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Rojas, José A. Balseiro, Gabriela Mistral... y así, viniendo desde el conocimiento del *Martín Fierro* y de Bunge, de Alberdi y de Pedro Emilio Coll, de Tomás Carrasquilla y Cuervo, de Díaz Rodríguez -a quien llama «el mejor de los novelistas sudamericanos que conozco»- y de «Tabaré», Unamuno llegaría hasta el final de su vida interesándose por las letras y por el espíritu de América. Jorge Luis Borges, Francisco Luis Bernárdez, la poesía afrocubana, las novelas magistrales de los años 20, todo caía ante los ojos de aquel eterno

enamorado de la América que nunca visitó, pero conoció por amor perfectamente. Seguir cronológicamente sus críticas a obras americanas es tomarse un maravilloso curso universitario sobre una literatura que le deberá para siempre buena parte de su difusión y de su realce.

-239-

XI

Particularmente la relación epistolar con José Enrique Rodó y con Carlos Vaz Ferreira tiene gran importancia para ahondar -nunca se llega suficientemente lejos- en el pensamiento de Unamuno. Vaz Ferreira llevó la voz cantante de la América cuando pusieron en prisión y luego en destierro a Unamuno. De pedagogía y de filosofía razonó don Miguel con el pensador de *Fermentario*, a quien llegó a preferir a Rodó. Y, antes de todo ello, la aparición de Ariel, así como unas consideraciones que Rodó había hecho sobre los *Tres ensayos* de Unamuno, dieron lugar a que éste enviara al uruguayo una carta, en diciembre 13, de 1900, que contiene -aparte de la confesión «soy luterano»- alguna de las ideas más fuertes y premonitorias de Unamuno. Nada menos que lo que se está debatiendo ahora en Concilio, la unidad de las Iglesias cristianas, la búsqueda de cómo destruir la separación y el encono entre católicos y protestantes, era lo que apasionaba a Unamuno por aquella fecha. En una de las porciones sustanciales de la espléndida carta le decía a Rodó lo que leeremos en el texto de la espléndida carta que copiaremos al final.

XII

Cerremos, con una ilustración altamente simbólica, esta mínima contemplación del grandioso espectáculo que es Unamuno en diálogo vivo con la América Hispana. Hay un hecho anecdótico, aparentemente trivial, que nos invita a tomarlo como explicación y resumen de toda una vida dedicada a un menester tan difícil como glorioso.

Poco antes de la huida de Unamuno de Fuenteventura, fue a visitarle allí la dama argentina Delfina Molina Vediade Bastiniani. A ella, agradecido, le obsequió don Miguel el manuscrito de su drama inédito. *El médico*. De vuelta a Buenos Aires, la señora hubo de leerlo a un grupo de escritores. Entre éstos se encontraba, escuchando con su famosa capacidad de absorción puesta al rojo vivo en ese día, Jorge Luis Borges. A una sola oída de aquel drama unamuniano, lo retuvo en su prodigiosa memoria. Años después se lo repitió, desde la cruz a la fecha, al crítico español Ricardo Gullón, quien pudo así copiarlo y salvarlo para la posteridad. Ha sido el propio Gullón quien relatara, en «*Índice*», el sucedido...

-240-

Pues bien, ese Unamuno renaciendo en la memoria de un hispanoamericano es el sueño de Unamuno convertido en realidad. Es la niebla que se transforma en mármol. Esto, en el fondo, era lo que a tientas, por intuición metafísica, buscaba el inquisitivo Unamuno desde 1890. Desde que enseñó a los españoles y a los americanos el valor inmenso del *Martín Fierro* y de lo que venía floreciendo, al otro lado del mar. Desde que acuñó en su alma el vocablo hispanidad y lo echó luego al mundo. Desde que puso el oído en tierra española y lo tendió tenazmente hacia allá -hacia la transespaña- y tomó sin descanso las palpitaciones de aquel gran territorio en forma de dual corazón que es la América, para sobrevivirse él, pero para sobrevivir con él a España, a la raza del espíritu, o sea al idioma universalizador e igualitario. Y darle sobrevivencia con todo ello y en ellos a la América española.

1964

Carta de Miguel de Unamuno a Rodó

Salamanca, 13 de diciembre 1900

Señor D. José Enrique Rodó:

Mi muy distinguido amigo: En «La Lectura», revista que con el nuevo año empezará a publicarse en Madrid y en la sección bibliográfico-crítica de letras americanas, de que me he encargado, hablaré de su *Ariel*, sin perjuicio de dedicarle un ensayo, para el que tengo tomadas no pocas notas.

Mi nombramiento para rector de esta antigua Universidad y el viaje que una vez nombrado tuve que hacer a Madrid, para tratar de diversos asuntos con el ministro de Instrucción Pública, me han retrasado no poco en mis particulares trabajos literarios y científicos. No hace aún cuatro o cinco días que los he podido reanudar. Sobrevínome la inesperada propuesta del ministro precisamente en los días en que más enfrascado estaba en una novela pedagógico-humorística en que pienso fundir, fundir y no mezclar, elementos grotescos y trágicos, y tal vez le ponga a modo de epílogo un ensayo sobre lo grotesco como cara de lo trágico. Allá veremos. Mil gracias por lo que respecto a mis *Tres ensayos*, me dice. Yo, lo confieso, no sólo no soy latino de raza (como vasco que soy), sino que aunque con la mente procure comprender el latinismo, mi corazón lo rechaza. Culmina a mi entender, el espíritu latino en el catolicismo, hasta tal punto que aun los librepensadores latinos -241- son católicos sin saberlo. Esa concepción social y estética de la religión es hondamente latina (Renan era un católico malgré//soi; basta ver su posición frente a Amiel) y yo me siento protestante, en lo más íntimo del protestantismo (Hamack, Ritschl, Hermann, etc., me han convencido de ello). Pueden parecer análogos un positivista y un panteísta latino y otro germánico, pero si ahondando en la idea llegamos al sentimiento y modo de sentir el mundo y la vida, al punto vemos que el uno sigue siendo católico y protestante el otro después de haber rechazado todo dogma de una y otra creencia. Proudhon y De Maistre son hermanos en espíritu. Y yo, se lo repito, me siento con alma de luterano, de puritano o de cuáquero, el ideocratismo me repugna, me repugna su adoración a la forma y a su tendencia a tomar la vida como una obra de arte y no como algo formidable y serio. Renan decía a Amiel que el pecado es la gran preocupación de toda alma protestante y que no lo es de la católica, y lo siento así. Estudio lo francés, procuro penetrarlo, pero no logra seducirme. Y lo que menos veo en lo francés es la amplitud; es, con apariencias de amplio, uno

de los espíritus más estrechos. Acepta a Carlyle, a Ibsen, a Nietzsche (a quienes creo que difícilmente sentirá del todo, aunque los entienda bien, quien no haya protestantizado su corazón), pero los acepta por moda, por *snobismo*, por algo más noble, por leal deseo de ensancharse, pero en el fondo sigue teniéndolos por bárbaros. No hay más que leer a Brunetière, a Lemaitre, a Barrès, a Zola (este archilatín de espíritu tan enormemente estrecho). // Grande es Taine, grande Guyau, pero ni uno ni otro supieron sacudirse de su espíritu; basta leer lo que del inmenso Wordsworth dice aquél. Tal vez sean el latino y el germánico espíritu impenetrables, porque tampoco Carlyle sintió la grandeza de Voltaire ni hay genuino teutónico que vea el genio de un Racine o de un Flaubert. Y en esto me declaro germánico. Y voy más lejos, llegando a afirmar que el pueblo español es un pueblo que sin tener fondo latino está latinizado por siglos de lengua románica; es un pueblo de fondo berberisco domesticado por el pueblo romano. Y en nosotros los vascos, que hemos conservado nuestra vieja lengua, se ve cuanto a nuestro espíritu repugna lo latino. Sin tener más de germanos, nos penetra más, no sé por qué el alma germánica. Aquellos de mis paisanos que viajan y aprenden lenguas se enamoran antes de lo inglés o alemán que de lo francés o lo italiano. Pero repito que en el fondo acaso más educadoras que las lenguas veo las religiones, y divido a los europeos todos, crean o no, sean con la mente agnósticos, o ateos, o deístas, o panteístas, en católicos y protestantes. Y mi alma es -242- luterana. De esto, de esta pobre nación y de nuestra juventud española, ¿qué he de decirle? La raza española está *in fieri*, está por hacer, es, como dirían los escolásticos, no un término *a quo*, sino un término *ad quem*. Necesita, creo yo, un impulso religioso en el más hondo sentido de este vocablo, no dogmático; necesita un Tolstoi castizo, una castiza reforma. Inicie con los místicos, con aquel poderoso anarquista San Juan de la Cruz, pero la Inquisición católico-latina la ahogó en germen. / / / También yo me complazco en reconocer que por muchas que sean las ideas que nos separen siempre nos hemos de unir en espíritu, en el deseo, asequible o no, de penetrarse mutuamente. Porque a un viendo yo la resistencia subconsciente de mi alma a hacerse latina, mi conciencia me dicta una constante labor para comprender lo latino y apreciarlo y respetarlo. Aprecio cuanto de generoso, de noble, de sincero, de original hay

en su *Ariel* y así lo haré constar, por más que mi corazón me tire por otros caminos. Toda idealidad es fecunda y purificadora, y jamás caeré en la soberbia de suponer que se refleja en mi espíritu todo lo que el mundo necesita. Necesita de latinismo para corregir y completar nuestra acción, que por sí solo haría acaso sombría e imposible la vida; es otro lado de la vida del espíritu, no menos necesario, no menos grande, no menos noble, que los otros. ¡Qué exacto lo que me dice de que España es anciana y América infantil! Hay que trabajar. Su obra de usted es la más grande, a mi conocimiento, que se ha emprendido últimamente en América. Hay que sacudir a los pueblos dormidos y que penetren en sus honduras, que en ellas nos encontraremos todos. Porque hasta los dos valores que yo creo más irreductibles en nuestra cultura, el catolicismo y el protestantismo, ¿no tienen acaso una raíz común? A llegar a la raíz común de las cosas hemos de tender, y a ella se llega por distintos caminos, por el Bien, por la Verdad, por la Belleza, por la Religión, por la Ciencia, por el Arte... ¿qué importa el camino? Tenemos un fin común, desde nuestros caminos nos animaremos y saludaremos y aun podremos darnos las manos porque de continuo se cruzan y entrecruzan y se confunden. Y... ¿es que hay caminos diversos? No, amigo Rodó, lo que nos une en realidad no es mucho, es todo. Es todo.

Reciba, pues, fraternal abrazo de

Miguel de Unamuno

Salude a Reyles, a quien escribiré pronto.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

